

ha terminado aún. Muchos derechos del hombre y del ciudadano son violados con momentánea impunidad en América, algunos absurdos y supuestos derechos divinos de los reyes son sancionados en Europa.

Sin caer en la exageración de ver un Decálogo en la Declaración de los Derechos del Hombre, repito que el estudio de la Revolución es fecundo e indispensable para todo aspirante al título de conductor de pueblos.

Allí se verá que toda restricción a la libertad que pase de los límites de una reglamentación cuerda, equivale a una letra de cambio que regresará protestada y aumentada; allí se aprenderá que las únicas asambleas patrióticas y moderadoras son las nacidas del sufragio universal, y que las formadas por el capricho del gobernante son ludibrios de la nación, rodajes estorbosos y enervantes que precipitarán la crisis en momentos de hambre popular.

La Revolución Francesa fué una explosión del espíritu humano, comprimido por dieciocho siglos de tiranía. Lo imprevisto, lo inesperado y lo imposible fué lo que se realizó. Francia, que parecía la personificación del desorden, de la anarquía y de la demagogia, dominó a Europa, que era el orden estricto y la fuerza metódica.

El 2 de Octubre de 1789, el Ministro de Sajonia en Berlín, hacía la siguiente descripción del reino de Luis XVI: «Un rey sin autoridad, un estado sin dinero y sin potencia militar: en una palabra, un navío en plena tempestad con Mirabeau como *único piloto*.»

Burke decía: «Francia no es ya sino una abstracción, una cosa sin nombre: ya no existe en el sistema de Europa».

Y agregaba de acuerdo con Grimm: «Acabo de revisar el mapa de Europa, y he encontrado en él un gran campo vacío: es el espacio que ocupó antes Francia».

Mientras tanto, el Ministro Pitt tomaba sus disposiciones para que Inglaterra heredara de la industria, las colonias y el comercio francés.

Tal fué el estado a que la Revolución redujo el antiguo esplendor de Carlo Magno y de Luis XIV.

Pero, ¡oh maravilla de la democracia!: de esa anarquía surgió el Orden más estricto y más severo que se haya visto en un Gobierno, y aquella demagogia dió nacimiento al imperio más glorioso que la humanidad había visto hasta entonces. Francia que había sido reducida a un *espacio vacío* en el mapa del viejo mundo, absorbió y concentró a toda Europa, geográfica, política e intelectualmente. Hubiera podido decirse de París: *Urbis et Orbe*.

El alemán Anacharsis Clootz decía, dos años después de comenzada la Revolución: «Cuando echo una mirada sobre un mapamundi, paréceme que todos los demás países han desaparecido, no veo en él más que a Francia».

El 19 de Junio de 1790, Clootz se presentó a la Asamblea Constituyente, seguido de una comitiva de ingleses, españoles, alemanes, holandeses, italianos, turcos y persas. Se preparaba la ceremonia de la Federación; y Anacharsis elevó la palabra así: «Esta fiesta, celebrada en el Campo de Marte, en donde Carlo-magno se presentó con la aureola de sus virtudes, será la fiesta del *género humano*».

En esa hoguera portentosa se elaboraron las colum-